

donada la fé ha sido convertida en objeto de burla, y conocida solamente con el nombre de supersticion... Que son sus enemigos (por último) los que no los conocen, ó mas claro, los ateos, los filósofos revolucionarios y los jacobinos.”

Estos, en efecto, son los que componen el verdadero partido que ódia y persigue de muerte á los Jesuitas: estos trastornadores de toda religion y órden público, los que han sido, son y serán perpetuamente sus mas irreconciliables enemigos: los que los calumnian, abominan, detestan é infaman; y á falta de sólidas razones, documentos autorizados y hechos verdaderos que oponerles, no hacen otra cosa que seguir exactamente y sin vacilar, en ninguno de los tres siglos que cuenta de existencia este cuerpo, el consejo que á tan desastroso partido dejó como en testamento, el feroz, impío é inmoral Calvino: “En cuanto á los Jesuitas, que son nuestros mayores adversarios, es necesario matarlos, y si en esto hubiere dificultad, *espelerlos*, ó á lo menos *oprimirlos con mentiras y calumnias.*”

Concluyamos, pues, con el siguiente discurso, que el famoso orador francés, conde de Montalembert, pronunció ante la cámara de los Pares, el dia 8 de Mayo de 1844, que servirá de epilogo á nuestra conversacion:

“No hay duda, señores, decia, que constantemente se repite por cierto partido: ¿para qué insistir tanto sobre los Jesuitas? ¿Acaso la religion no puede subsistir sin ellos, ni puede defenderse sin hacer la apologia de estos padres? ¿Santo Dios! ¡y será necesario decirlo que nos aficiona tanto á los Jesuitas! Pues bien; os lo diremos: el principal motivo es el encarnizamiento y malignidad de que son el blanco, y de las calumnias con que se les persigue. ¿Y cuál es el corazon generoso y delicado, que viendo hombres que son sus hermanos y sacerdotes de su fé, oprimidos sin cesar por la injusticia y perversidad no se siente movido imperiosamente á tomar su defensa? Este ódio violento, que su solo nombre inspira á todos los enemigos de la Iglesia, es cabalmente lo que nos aficiona mas á los católicos hácia ellos. No quiero afirmar que los adversarios de los Jesuitas pertenezcan en su totalidad á los del catolicismo; pero no vacilo en asegurar que los enemigos de éste, siempre y de toda preferencia, son contrarios á los Jesuitas, sobre los que constantemente dirigen los primeros golpes; y esto es lo que los señala á la estimacion y confianza de los católicos, como la vanguardia y uno de los cuerpos mas escogidos de la Iglesia.

“Esta guerra, de que no daremos otra prueba que las mismas confesiones de los adversarios del clero, es, os lo diré claramente, lo que me ha convertido á mí mismo, porque yo tambien he tenido necesidad de convertirme de mis opiniones desfavorables á los Jesuitas. Cuando, como discipulo de la universidad, bajo la restauracion, seguia los cursos de los señores Villemain, y Cousin en la Sorbona, tambien gritaba yo contra los Jesuitas, y al par de mis incrédulos camaradas, ponía mi fé de cristiano á cubierto de mi

antipatía por esos padres, como todavia lo hacen no pocas gentes del mundo.

“Pero cuando entré en el fondo de las cosas; cuando he visto en el mundo y en la historia, que en todos los paises, desde el Paraguay hasta la Siberia; los perseguidores todos de la Iglesia, desde el marqués de Pombal hasta el emperador de la Rusia; todos los grados del error, desde el descarado ateismo hasta el jansenismo hipócrita, han estado de acuerdo contra los Jesuitas, conspirando unidos y en todas partes en su ruina y proscricion: cuando he reconocido en las luchas religiosas de nuestros dias los mismos síntomas, aunque sobre menor escala, me he dicho á mí mismo: preciso es que haya alguna cosa en estos hombres de sagrado y misterioso, que esplique y motive esta maravillosa union de enemistades tan diversas: es indispensable, repito, que en este instinto de ódio siempre tan perspicaz, exista alguna cosa que indique que este es el flanco por el que se intenta penetrar al corazon mismo de la Iglesia. Véase por qué he venido á ser partidario y admirador de los Jesuitas despues de haber sido su adversario. Y no, no soy yo ¡gracias á Dios! el único que ha seguido esta senda. Vosotros habeis oido lo que decia dias pasados el señor conde Beugnot: aquí teneis delante al vice-presidente de vuestra asamblea, al gefe de la córte real de París, al autor principal de los famosos decretos de 1826, al señor baron Séguier, que se ha asociado á las resoluciones favorables á los Jesuitas, y habeis podido leer lo que ha escrito á favor de su existencia, bajo la carta de 1830, ese sabio letrado, ese íntegro ministro, el señor de Vatismenil, que ha sido el cólega del señor conde Roy, cuando fueran hechas las ordenanzas de 1828, y que tambien lo fué del honorable señor Bourdeau, hasta la llegada del ministerio Polignac.

“Pero, se dice, ¡los Jesuitas han cometido grandes faltas! Yo no niego que hayan cometido ciertas faltas de direccion, cuando se les ha mezclado en los negocios públicos; y como detesto cordialmente todo lo que de cerca ó de lejos tiende al despotismo, yo reprobaria formalmente todo lo que los Jesuitas han hecho en esta linea, siempre que se pueda demostrar la exactitud de los cargos que se les haya hecho sobre esta materia. Pero aun suponiéndolos fundados todos, ¿quién hay que no haya cometido estas faltas? ¿cuál es la asamblea, cuál la dinastía, cuál el cuerpo constituido que haya cometido tan pocas como la Compañía de Jesus, y que sobre todo, haya redimido sus faltas con tan realzados méritos? Sin duda los Jesuitas no son infalibles: únicamente lo es la Iglesia, segun las creencias católicas. Pues esta misma Iglesia precisamente ha usado de su infalibilidad á su favor, quien los ha criado, quien se ha servido de ellos en los dos mundos durante tres siglos, quien los ha restablecido despues de la mas odiosa persecucion, y la que aun en nuestros mismos dias canoniza á sus hijos, y los coloca en los altares á nuestra veneracion.

“Sí: la infalible Iglesia ha hecho por ellos mas que por ninguna.

otra órden moderna; en la mas augusta de sus asambleas, en el último de sus concilios generales, en Trento, ha dado solemnemente á la Compañía de Jesus una indestructible aprobacion; y si despues un papa, vencido por la violencia y la hipocresía, la ha suprimido sin condenarla (notad bien, sin condenarla); otro papa, el autor del concordato, la ha restablecido, y diez y nueve papas le han prodigado pública y oficialmente los mas magníficos elogios. Yo no conozco en el mundo ningun otro cuerpo ni institucion, que reuna semejantes derechos al respeto y á la confianza de todos los que reconocen la autoridad de la Iglesia; y quisiera además, que los que se manifiestan animados de una tan edificante docilidad hácia la Santa Sede, cuando citan el breve de supresion, dado por Clemente XIV, fuesen igualmente dóciles á la autoridad de Paulo III que ha criado á los Jesuitas, de Pio VII. que los ha restablecido, y de otros diez y siete papas, que tan constantemente los han protegido y aprobado.

“Se habla de su supresion en el último siglo. ¡Ah! aquí es, señores, donde yo quisiera que el tiempo me permitiese relataros en compendio esta grande iniquidad: quisiera citaros las protestas unánimes del episcopado francés, en las asambleas de 1761 y 1762; las elocuentes quejas de D’Alembert y Lalande, y haceros juzgar así de la rara osadía, con que el señor ministro de instruccion pública ha podido decir en su esposicion que *ninguna voz acreditada se elevó para defenderlos*. Nuestro antiguo colega el marqués de Lally-Tolendal, era mas justo cuando escribia bajo el imperio en 1806: “que la destruccion de los Jesuitas fué un negocio de partido y no de justicia: que fué un triunfo orgulloso, y vengativo de la autoridad judicial sobre la eclesiástica, y aun sobre la real.... Que los motivos eran fútiles; que la persecucion se hizo bárbara; que la espulsion de muchos millares de sugetos fuera de sus casas y de su patria por metáforas comunes á todos los institutos monásticos, por librerías sepultadas en el polvo, y en un siglo en que todos los casuistas habian profesado la misma doctrina, era el acto mas arbitrario y tiránico que podia ejercerse; que de él resultó generalmente el desórden que produce una grande injusticia, y que en particular fué hecha una herida incurable á la instruccion pública.”

“Quisiera tambien mostraros al papa, que los habia sacrificado á la iniquidad, muriendo en la desesperacion y gritando: ¡Yo lo he hecho á mi pesar: *Compulsus feci!* Pero se estrecha el tiempo y yo quiero mejor remitiros á la obra recientemente publicada por vuestro colega el señor conde Alexis de Saint-Priest, precisamente sobre esta supresion. Este es el escrito de un adversario, pero de esos adversarios de talento é instruidos, con los cuales siempre se gana algo. Leedlo, pues, señores, y allí vereis el vergonzoso crimen y los odiosos detalles de la mayor iniquidad de los tiempos modernos; allí vereis las cartas en que madama de Pompadour hace el proceso á estos Jesuitas tan intrigantes y tan cortesanos, porque no quisieron tolerar

sus relaciones con Luis XV: allí vereis los motivos innobles y frívolos que han armado á las potencias contra ellos; y vosotros no terminareis esta lectura, lo aseguro, sin sentir el corazón lleno de piedad y de respeto hácia las víctimas, y de indignacion y menosprecio hácia los verdugos.

“¿Y ésta pretendida incompatibilidad de los Jesuitas con las libertades públicas puede actualmente sostenerse? Yo no lo pienso así, y aun me atrevo á decir que esta es una de las aserciones mas gratuitas, y que no tiene en su abono la menor apariencia de verdad, en presencia de los hechos patentes y tan universales que demuestran, que si la existencia de los Jesuitas es incompatible con alguna cosa, es con el despotismo, y sobre todo, con ese despotismo hipócrita que se enmascara bajo el nombre de la libertad. En efecto, en el estado actual del mundo, nada hay mejor probado que la existencia de los Jesuitas en todos los países que poseen la verdadera libertad. Hay tres naciones en el globo que disfrutan inconcusamente de libertades públicas, entendidas de diversa manera que en la Francia: los Estados-Unidos de América, la Bélgica y la Inglaterra. Podrán admitirse, desearse ó repelerse las constituciones de estos tres países; pero no se puede negar que todos tres gozan de una libertad ilimitada, de manera muy diversa que la de la Francia.

“Pues bien, en estos tres países y.... por todas partes, en fin, donde hay una libertad real y sincera, los Jesuitas existen, libres, tranquilos y prosperando con sus votos y sus colegios, y en ninguna parte, ni en ninguna época se les ha podido echar en cara la menor tentativa, la menor oposicion contra las instituciones liberales de esos reinos y de esas repúblicas, instituciones que ellos invocan al contrario, como la única salvaguardia de sus derechos.

“Y estos colegios, señores, reflexionadlo bien, están poblados en parte por jóvenes franceses escluidos de la patria por injustos legisladores, que perfectamente satisfechos por sí mismos de la educacion que se encuentra en Francia, rehusan á sus conciudadanos el medio de educar á sus hijos, como ellos lo entienden. Sí; mas de mil y doscientos jóvenes franceses, pertenecientes todos á familias acomodadas y respetables, es decir, casi la cuarta parte del número de los pensionistas que la universidad enseña en sus colegios reales, van á buscar al extranjero la educacion religiosa, y dan testimonio ante el cielo y la tierra de las preocupaciones y de la tolerancia que aun reinan entre nosotros, y de la servidumbre que se disfraza bajo el nombre de libertad....”

He concluido, señor-maestro, y entiendo haberle dicho lo bastante, para que cualquiera hombre de buena fé pueda formar opinion sobre la materia de que nos hemos ocupado. Vd. abrazará el partido que mejor le convenga; pero antes de separarnos, permítame que le advierta por último, que en esta guerra que se hace á la Compañía de Jesus, se tienen miras muy diversas de lo que vulgarmente se cree, y

esto debe hacer abrir los ojos á mas de cuatro preocupados, que todavia piensan, que en la polémica actual no hay ningun fin siniestro por parte de nuestros contrarios. Se equivocan: en este negocio se trata de la causa de la Iglesia católica, y no de la de esa corporacion religiosa que solo sirve de pretesto, y así lo ha revelado sin ningun embozo la *Revista independiente*, órgano oficioso de la faccion filosófica: "El *jesuitismo*, ha dicho este periódico, no es mas que una *vieja fórmula*. . . . En el duelo á muerte con que se combate, *no se trata de los Jesuitas*. Se trata de saber, quien triunfará, si *el catolicismo ó la libertad*." He aquí el lema de la bandera que ha enarbolado la moderna filosofia para llevar al cabo todas sus empresas contra los dogmas, las doctrinas, máximas y principios de la religion católica, contra la gerarquía eclesiástica, la libertad é independencia de la Iglesia, las debidas consideraciones á sus ministros y la existencia de todas las comunidades religiosas. Como signo, pues, del espíritu anti-cristiano, que ejecuta todas estas iniquidades, la Compañía escogida que lleva el nombre adorable del rey Jesus, goza el privilegio de todas las repulsas y de todos los ultrages. ↵



LOS JESUITAS DE NÁPOLES.

CARTA SOBRE LA EXPULSION

DE LOS

JESUITAS DE NÁPOLES,

DIRIGIDA AL SEÑOR JUAN LACAITA:

POR EL REVERENDO GUILLERMO PERCIVAL WARD,

MAESTRO EN ARTES Y ALUMNO DEL COLEGIO DE ORIEL EN LA UNIVERSIDAD DE OXFORD.

A continuacion se encuentra el memorial del Exmo. Cardenal Arzobispo de Nápoles al Rey de las dos Sicilias, pidiendo el restablecimiento de aquellos religiosos; y una noticia del entusiasmo religioso y popular, con que se ha verificado este restablecimiento.

Traducido todo por un Guatemalteco.



MÉXICO.

IMPRENTA DE LUIS ABADIANO Y VALDES,
calle de Santo Domingo junto al núm. 12.

1851.